

LA LUZ DE MEDINA

PREMIO EDHASA NARRATIVAS HISTÓRICAS

Con un jurado compuesto por:

Jacinto Antón, periodista cultural del diario *El País*;
Mari Pau Domínguez, escritora y periodista;
Carlos García Gual, editor, escritor y crítico literario; **Sergio
Vila-Sanjuán**, escritor y director de *Cultura/s* de
La Vanguardia; **María José Solano**, historiadora, editora y
periodista cultural en *Zenda* y *ABC*, y **Daniel Fernández**, editor
y presidente de Edhasa, como presidente
del Jurado.

EMMA LIRA

LA LUZ
DE MEDINA



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: 

Primera edición: abril de 2026

© Emma Lira, 2026
© de la presente edición: Edhasa, 2026
Diputació, 262, 2º1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6480-4

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 4852-2026

Impreso en España

«Porque, sábelo bien, corazón cándido:
para coger los cuernos preciosos de la bestia,
es necesario que antes la domes o la mates»,

Alf Layla wa Layla,
Las mil y una noches

«Lo bello no es sino el comienzo de lo terrible»,

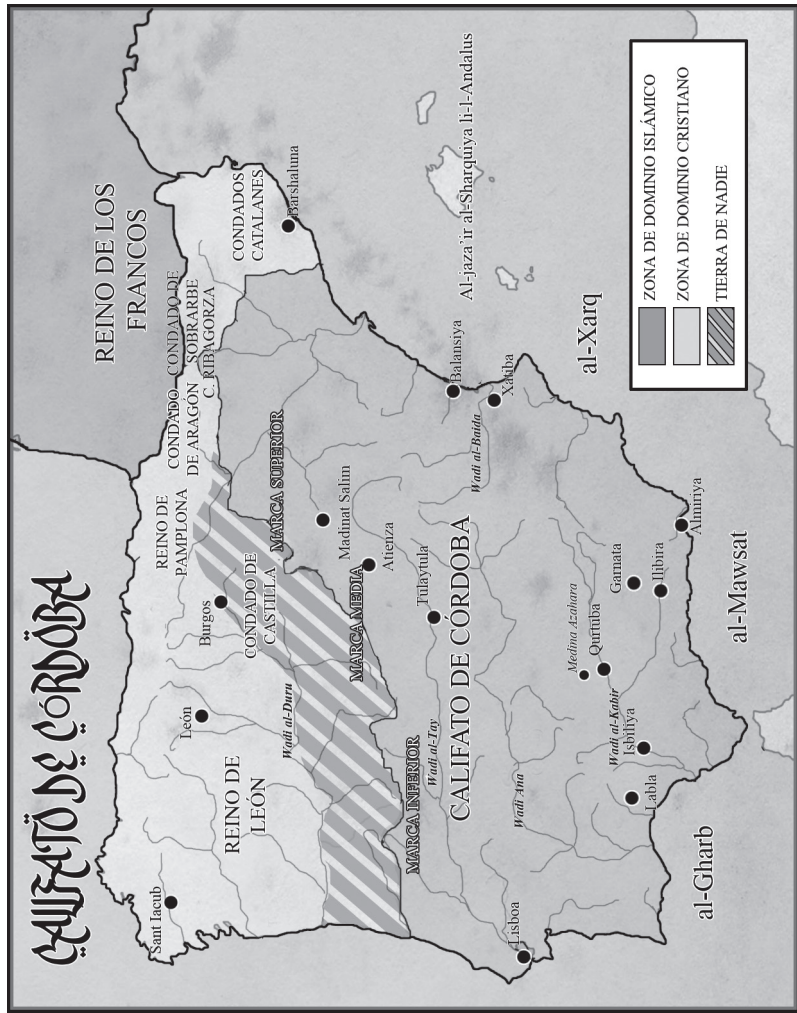
Rainer María Rilke,
Elegías del duino

«Sus hazañas te enseñarán sobre él,
como si lo vieras con tus propios ojos.
Por Dios que jamás volverá a dar
el mundo nadie como él,
ni defenderá las fronteras
otro que se le pueda comparar»,

Epitafio a la muerte de Almanzor
(«Kitab al-Bayan al-Mughrib»),
Ibn Idari

Para todos los que, desde las diferentes orillas del mundo, me habéis inspirado a bucear en la memoria de al-Ándalus y la historia compartida. Shukran.

Y para Chema, Naira y Duna, dispuestos siempre a embarcarse en un viaje en el tiempo en busca de ciudades desaparecidas.



Califato de Córdoba: 342-373 H. / 954-984 d. C. (años de la novela).



Los tres califatos durante la acción de la novela (342-374 H. / 954-984 d. C.)

Los años que se especifican en cada uno de ellos corresponden a su duración histórica general.

Topónimos

Se ha preferido mantener los nombres transcritos en árabe, tal como eran en los tiempos en que transcurre la novela –salvo alguna contada excepción, como la propia Córdoba, La Meca o Medina Azahara–, y así se marcan también en el mapa.

Al-Garb	Poniente, Occidente (la parte más occidental de al-Ándalus)
Al-Jaza'ir al-Sharquiya	Islas orientales
Al-Mawsat	Tierras centrales
Al-Qahira	El Cairo
Al-Qayrawan	Kairuán
Al-Yazirat	Algeciras
Al-Xarq	Este, Oriente (la parte más oriental de al-Ándalus)
Almiriya	Almería
Bahr al-Zuqaq	Estrecho de Gibraltar (mar del Paso)
Balansiya	Valencia
Barshaluna	Barcelona
Fas	Fez
Garnata	Granada
Ifriqiya	Túnez
Isbiliya	Sevilla
Labla	Niebla
Maqqah	La Meca
Madinat Salim	Medinaceli
Madinat al-Zahira	Medina Alzahira
Sant-Iacub	Santiago de Compostela
Sebta	Ceuta

Sijilmasa
Tilimsan
Tulaytula
Wadi al-Baida
Wadi al-Duru
Wadi al-Kabir
Wadi al-Tay
Wadi Ana
Xatiba
Yilliqiya

Sijilmasa
Tremecén
Toledo
Río Albaida
Río Duero
Río Guadalquivir
Río Tajo
Río Guadiana
Játiva (Xatiba)
Zona de Galicia y León

Dramatis personae

LOS OMEYA: LA SANGRE DEL CALIFATO

Abderramán III: emir y primer califa de Córdoba. Fundador del orden y del esplendor que sus sucesores heredarán. Hijo de Muzna y padre de al-Hakam II.

Al-Hakam II: califa erudito, protector del conocimiento y motor de la gran biblioteca. Su muerte abre un vacío de poder. Hijo de Abderramán III y su concubina Maryam.

Abderramán: hijo de la vascona Subh. Heredero del califa al-Hakam II. Su prematura muerte marcará un punto de no retorno.

Hisham II: heredero de al-Hakam II y califa niño, hijo de la vascona Subh. En torno a su figura se organizará la regencia.

Al-Muguirra: hijo de Abderramán III y su concubina Mustaq. Hermano menor de al-Hakam II y tío de Hisham. Su existencia como alternativa dinástica lo convierte en una amenaza.

LAS MUJERES DEL HARÉN Y EL CENTRO INVISIBLE DEL PODER

Muzna: madre del califa Abderramán III. En torno a ella se articula el harén.

Hind: princesa omeya. Hija de Abderramán III y hermana de al-Hakam y al-Muguirra.

Radhia: consorte vinculada a al-Hakam II según la tradición historiográfica moderna.

Subh: vascona que entra como concubina en el harén cordobés. Favorita de al-Hakam II y madre de Hisham II. Regente en la sombra.

Mustaq: madre de al-Muguirra, según la tradición.

EL ENTORNO DOMÉSTICO DE ALMANZOR

Muhammad ibn Abi Amir (Abi Amir / Al-Mansur / Almanzor): joven de procedencia social baja que acabará como *háyib*, controlando el acceso al califa, la guerra, la administración y el relato.

Abd Allah: padre de Abi Amir.

Buraya: madre de Abi Amir.

Abdallah: hermano de Buraya y tío de Almanzor. Es él quien lo acoge en Córdoba para que estudie jurisprudencia.

Abdalá: primogénito de Abi Amir.

Asma bint Galib: hija del general Galib y esposa de Almanzor.

Al-Dalfa: concubina y esposa de Almanzor. Madre de Abdelmalik al-Muzaffar, hijo y sucesor de Almanzor.

Abda: nombre musulmán de Urraca «la Vascona», hija de Sancho Garcés II, rey de Pamplona (970-994), entregada a Almanzor para sellar una tregua. Fue la madre de Abderramán «Sanchuelo».

LA CORTE PALATINA: AMBICIÓN, APARATO Y SILENCIO

Yafar al-Mushafí: amigo y *háyib* de al-Hakam II. Es mentor, rival y pieza trágica del ascenso de Almanzor.

Muhammad ibn al-Salim: cadí mayor de Córdoba y figura jurídica influyente en la corte.

Galib ibn Abd al-Rahman: el León, prestigioso general de las tropas del califato, de origen eslavo. Suegro de Abi Amir.

Ibn Saprut: médico, diplomático y figura clave del alto aparato omeya.

Fadr: personaje ficticio. Esclavo africano a las órdenes de Yafar al-Mushafí.

LA BIBLIOTECA: MEMORIA Y CONCIENCIA

Lubna bint al-Hakam: antes Liuva, adopta el nombre árabe de Lubna en el harén. Secretaria de la cancillería del califa al-Hakam II. Escriba, archivera, guardiana moral.

Fátima bint Zaqariyya: escriba. Aliada íntima y práctica de Lubna.

OTROS

Ibn Hafsun: el gran rebelde. Aunque cronológicamente anterior al núcleo de la trama, su sombra es una advertencia de que el Estado puede resquebrajarse desde dentro.

Al-Hasan ibn Kannun: líder idrisí cuya peripecia muestra la fragilidad del Magreb occidental y la necesidad omeya de someterlo.

Al-Nasri: personaje ficticio. Vecino de la *kurah* de Valencia. Valedor de Lubna.

Uthman al-Mushafí: preceptor del príncipe al-Hakam. Padre de Yafar al-Mushafí, *háyib* del califa y destinatario de la carta de al-Nasri.

DESPERTAR
FAJR

Oración que se reza al amanecer

Años 343 a 348 de la Hégira
Años 955 a 959 d. C.

-I-

Torrox, al-Yazirat, 343 H. / 955 d. C.

El sol pesaba como una sentencia pronunciada.

Las mujeres culebreaban rápidas por el patio de la alquería, ya cubierto con esteras, para extender paños y encender las hierbas del brasero, y enmascarar así el olor que empezaba a insinuarse. Todo debía ocurrir deprisa, como mandaba la ley y como imponía el calor que se anunciaba: lavar, amortajar, rezar, enterrar. No había espacio para la demora, ni siquiera el que marca el respeto. Fuera, la luz fundía los contornos de los campos de olivo en un temblor plateado y opresivo.

Mohammed lo observaba todo de pie junto al umbral, inmóvil, como un centinela de sí mismo. El dolor le parecía una cosa extraña y lejana, un nudo en la garganta que no lograba deshacerse en lágrimas. No sabía qué hacer con las manos; se las llevaba a la túnica, las apretaba, las soltaba. De fondo, escuchaba su nombre repetido en susurros: «Pobre Mohammed, que Alá le dé sabiduría. Ahora es el hombre de la casa». Palabras que pretendían consolar y, sin embargo, se le atascaban como piedras en el estómago.

Su padre yacía sobre las tablas, envuelto en lino, con el rostro descubierto apenas lo suficiente para el adiós. La barba, aún húmeda, le parecía más oscura de lo que recordaba; también la piel, que intuía que alguien había tratado de algún modo

para evitar el deterioro. Pese al afán de las mujeres, en las uñas aún le quedaba tierra: de Trípoli, decían, del camino de regreso, del último puerto. Tras dos largos años, había vuelto a casa, sí, pero convertido en noticia.

–Murió como mueren los justos –murmuró una anciana, llevándose la mano al pecho–. De vuelta de la peregrinación... Alá lo ha llamado con honra.

Frente al cadáver, Buraya gemía con la precisión de quien conoce el peso de las miradas. Sus sollozos eran hondos, sonoros, alimentados por el coro de las plañideras que se golpeaban los muslos y se rasgaban el velo. A ratos se desplomaba sobre el pecho de una vecina; a ratos levantaba los brazos al cielo en un gesto de protesta y súplica a la vez.

Mohammed la miraba casi sin ver. El llanto de su madre lo había acompañado desde el alba, como el zumbido de los insectos en los cañaverales: constante, inevitable. Y, sin embargo, lo que más lo impactaba no era el ruido del duelo, sino el silencio cuando se volvía hacia el cuerpo de su padre: silencio en él, silencio en la casa, silencio en su propio pecho, donde no hallaba nada –una rabia, un aullido, una certeza–, sólo una especie de vacío pegajoso.

De repente, Buraya se enderezó con una nueva dignidad.

–Que lo acoja el Misericordioso –dijo en voz alta, para que la oyeran todos–. Que Alá tenga en cuenta su piedad y provea a mis hijos.

Y todas las mujeres, vecinas, parientas, plañideras, respondieron: «Amín».

Al instante, el rumor del patio se desplazó hacia la entrada. Las mujeres fueron a buscar agua fresca, y un hombre cruzó el umbral para consultar con el imam la hora exacta del rezo. Buraya se quedó sola con el difunto.

Fue sólo un parpadeo. Una grieta en su máscara.

Mohammed la vio acercarse al cuerpo, sigilosa, como quien se acerca a un enemigo dormido. No posó la mano en su pecho ni la pasó por la oscura barba. No lloró. Sus ojos se estrecharon, secos.

Y entonces escupió.

El salivazo, breve y denso, cayó sobre la mejilla del cadáver y comenzó a resbalar hacia la toca que le envolvía el rostro.

–Maldito –murmuró entonces por lo bajo–. Maldito seas por dejarme así. Por preferir a Dios antes que a tus hijos.

Mohammed sintió un golpe en el estómago. Era el único que se había dado cuenta de todo, y quiso pensar que había oído mal, que el dolor le había trastocado el juicio. Pero la mirada de su madre no admitía dudas: el odio era real.

Buraya se volvió, y sus ojos encontraron los de su hijo. Durante un instante, el muchacho creyó ver a una desconocida bajo el velo. Pero ella enseguida recuperó el gesto aprendido, la máscara del duelo.

–No me mires así –silabeó–. No sabes nada.

Mohammed quiso preguntar. Quiso gritar. No le salió.

El imam entró en el patio, y ella volvió a echarse a llorar con una facilidad aterradora. Al poco, se dejó caer, desmadejada. Las mujeres se precipitaron a sostenerla, y su propio hermano, acercándose a ella con un par de zancadas, la apoyó contra su pecho y le recolocó los velos del luto. Sólo Mohammed siguió mirando el cuerpo. El escupitajo se había detenido en el filo de la tela, minúsculo, imperceptible.

* * *

Lo enterraron antes de que el sol empezara a declinar.

El dulzón hedor a carne vencida ya se colaba por la casa pese a los ramilletes de hierbas aromáticas. Tras una ceremonia breve, austera, como había sido su vida, Mohammed ayudó a cargar el cuerpo, envuelto en el lienzo blanco. Sintió la rigidez a través de la tela. Ya no era su padre; era un extraño, algo que su padre había dejado atrás.

En el cementerio, la tierra cuarteada por la ausencia de lluvias y las piedras guardaban el calor como una maldición. Ante

aquel hueco abierto con esfuerzo en la tierra, Mohammed retrocedió un paso, como por inercia. El rezo, las fórmulas, las manos extendidas... Todo era exacto, necesario, antiguo. Y, sin embargo, él no conseguía apartarse de la mente la imagen de su madre maldiciendo al hombre que había sido su esposo.

Cuando el último puñado de arena cayó, se hizo un silencio que no pertenecía al rito, sino a la vida. Enseguida, el mundo retomó su costumbre: la gente tosió, se acomodó el velo o el turbante, comentó el calor, la prisa, la piedad del difunto, el viaje, Trípoli, La Meca.

Al regresar a la casa, ahora vacía, los más pequeños, asustados y exhaustos, se durmieron apiñados en un jergón. Buraya se quedó fuera, con la espalda rígida apoyada contra la pared, aprovechando una franja de sombra, como si el sol la hubiese exiliado. No lloraba ya. Sus ojos eran dos brasas apagadas. Su hermano Abdallah se quedó junto a ella.

Era un hombre seco, de barba cuidada y manos limpias a quien él apenas había visto tres o cuatro veces en sus catorce años de vida. Todo el mundo lo respetaba por su conocimiento de la ley y su posición en Córdoba, pero a Mohammed siempre le había parecido frío y distante. Aun así, era su tío materno, y lo sabía juriconsulto de prestigio, como la mayoría de los varones de la familia Maafir. Él mismo soñaba con iniciar esa carrera desde Torrox. En ese momento, Abdallah se volvió a mirarlo, como si hubieran estado hablando de él hasta ese mismo instante. No había venido por cariño, Mohammed lo leyó en sus ojos, sino por deber.

–Siéntate –le ordenó Buraya sin mirarlo.

Mohammed se arrodilló frente a ella. La estera quemaba.

Buraya esperó a que una vecina se alejara, a que el murmullo del patio se desplazara hacia la cocina. Sólo entonces comenzó a hablar:

–Tu padre ha muerto en Trípoli de vuelta de su peregrinación. –Sus palabras parecían acusarlo–. Ahora para todos es un

hombre piadoso, un santo. Da igual lo que haya hecho en su vida. Él sube al paraíso y yo me quedo aquí, en la mierda –escupió con rencor–. Sólo soy la viuda. La que debe bajar la mirada, la que debe vivir como si su vida se hubiese terminado hoy.

–Madre... –empezó Mohammed, pero tragó saliva, sin saber cómo seguir.

–Tu padre nos ha dejado –continuó Buraya–, pero su muerte no ha sido un designio de Alá, sino una decisión propia. Nos ha dejado por un orgullo mal entendido, por un egoísmo que él llamaba fe. Se marchó a La Meca como si aquí no existiéramos, como si pudiéramos vivir sin noticias, sin dinero, sin él... Como si sus hijos no fueran también su responsabilidad ante Dios.

Abdallah carraspeó, incómodo, e hizo un gesto para intervenir, pero Buraya lo atravesó con la mirada.

–No, hermano. Déjame hablar. Es la primera vez que puedo hacerlo.

Mohammed sintió que el mundo se tambaleaba. Había crecido oyendo hablar del viaje sagrado como de una cima. La peregrinación era honor, limpieza, victoria. ¿Cómo podía blasfemar su madre de ese modo? Pero Buraya cortó sus pensamientos; inclinó la cabeza hacia él, y el velo le sombreó la cara.

–Yo no fui siempre esta ruina, este despojo, ¿sabes? –bajó la voz como si contara un secreto, y su gesto se tornó soñador–. Cuando fuimos a Córdoba...

Mohammed frunció el ceño. Le habían hablado de aquel viaje el año anterior a su nacimiento. Del destello de la muralla, del ruido del mercado, de las sombras de palacio y en la noria, sobre el río, la música de un agua que nunca se agotaba. Incluso del minarete que rozaba los cielos, de la mezquita, la más grande del mundo después de La Meca. Habían ido, le contaba su padre, a apoyar a las tropas que marchaban hacia el norte, hacia la gran batalla que los musulmanes no habían vuelto a nombrar. al-Khandaq, murmuraban entre dientes los cronistas.

Simancas, repetían con orgullo los cristianos. Una palabra que a Mohammed le sonaba contundente porque podía haber sido el principio del fin de todo. Y sin embargo... Se fijó en el gesto de su madre y le pareció que sonreía.

–Cuando fuimos a Córdoba –repitió Buraya, y en su voz se filtró lo que a Mohammed le pareció un temblor que no era llanto, sino deseo–, el califa..., el mismísimo califa, me miró.

Abdallah bajó la vista, como si el simple nombre del soberano pudiera manchar la estera.

–Me miró –repitió Buraya con orgullo–, entre cientos de mujeres. Me miró como no me había mirado nadie nunca. Yo tenía quince años y me acababan de casar con tu padre. Y aquel jinete de turbante blanco con los ojos del color del mar, situado al frente de sus tropas, me atravesó con la mirada. Yo no pude bajar el rostro, ¡que Alá se apiade de mí! Acabábamos de nacer como califato, y aún no conocía el protocolo. Sentí que él se quedaba prendido de mis ojos, de mi cara..., de la joven que yo era entonces.

Mohammed se estremeció. Su madre estaba hablando de otro hombre en el funeral de su esposo. Del mismísimo Comendador de los Creyentes.

–Pensó que era su hija. –Buraya sonrió–. Su hija, en lugar de su esposa. ¡Mira si no sería yo niña...! Y le pidió a tu padre que me cediera, como los poderosos piden una joya o un caballo de raza. Un favor, un capricho. Y tu padre..., tu padre se negó.

Mohammed abrió la boca, pero continuó en silencio.

–¿Quién es capaz de negarle algo al califa? Se hizo un silencio que aún hoy resuena en mis oídos. Tu padre susurró que era su esposa, y el califa asintió y entendió. Dijo que él tampoco se habría desprendido de alguien como yo ni por todo el oro del mundo. Oh, todo el mundo pensó que aquel acto de tu padre fue por amor –continuó ella, cada palabra más afilada que la anterior–. Se había arriesgado a caer en desgracia, a que le

rebanaran el pescuezo allí mismo... Pero nuestro señor Abderramán acababa de erigirse en califa, en príncipe de todos los creyentes, y no podía tener esas pasiones terrenales a la vista de todos. ¿Qué ejemplo habría dado? No quiso mostrar su escarnio en público y prefirió ofrecer piedad. Le dio a tu padre una bolsa de monedas. ¡Una bolsa! Como si pagara por una mercancía devuelta. Como si lo premiara por su audacia.

Abdallah alzó una mano.

–Buraya...

–¡No! –La voz se le quebró al fin–. Tú no lo entendiste, Abdallah. Tampoco mi esposo. Nadie lo entendió. Amor hubiera sido dejarme marchar, en lugar de condenarme a esta existencia...

Mohammed se quedó helado.

–¿Condenarte...? –logró balbucear.

Buraya lo miró como si, por primera vez, lo viera de verdad.

–El destino, en la figura del hombre más poderoso de la tierra, me ofrecía un palacio y me señalaba como digna de él. Sin embargo, tu padre, con su piadosa mezquindad, me devolvió a esta almunia, al barro. Aun así, esa noche... –susurró con un deleite prohibido–, esa noche soñé con él. Con el califa. Con su mirada de agua. Fue la primera vez que acudí de buen grado a tu padre. Buscaba los ojos del gran Abderramán en él; sus manos, que imaginaba fuertes; su cuerpo, que imaginaba ardiendo... –se mordió la lengua, como si la verdad tuviera sabor a sangre–. Esa noche, y todas las que vinieron después, me entregué a tu padre, sin culpa ninguna, soñando con el califa... –bajó la voz, y el gesto se le trocó en rabia–. Por eso cuando, nueve meses después de al-Khandaq, de esa derrota que todos sintieron como un castigo, te di a luz, supe que eras una señal. Y jamás he dudado de que tenías algo suyo...

–¿Qué estás diciendo...? –preguntó el joven, aunque la intuición era un animal que le mordía las entrañas.

Buraya se inclinó hacia él.

–Que tú deberías haber sido hijo del califa –musitó, hiriente–. Que quizá naciste porque yo yací con él en sueños. Que viniste al mundo para redimir su derrota, para vencer a los cristianos en su lugar. Lo veo en sueños, hijo mío. Eres «el Victorioso». Al-Mansur.

–Estamos en paz con los reinos cristianos –le recordó su hermano con desgana.

–¡Desde entonces! ¡Porque el califa tiene miedo! –exclamó Buraya–. Mohammed, tu padre y el destino me negaron a mí, una pobre mujer, la oportunidad de ser alguien, pero tú debes aprovecharla.

En el patio, la vida seguía su curso. Alguien llamó a una cabra, un niño lloraba, una olla hervía. Pero, entre todo ese ruido, Mohammed podía escuchar el latido de su propia sangre como un tambor.

–¿Cómo puedes pensar eso? –espetó al fin–. ¿Quién crees que eres para cuestionar las decisiones del creador?

Buraya sonrió sin alegría.

–No fue el creador quien me robó la oportunidad de meterme en el lecho del califa... ¿Qué habría sido de mí en tal caso, Mohammed? ¿Y de ti?

–Buraya... –los interrumpió Abdallah en voz baja, tras respirar hondo–, estás trastornada por el duelo.

Ella lo fulminó con la mirada.

–No estoy trastornada. Estoy bien despierta –replicó–. Y tú también vas a despertar, Mohammed.

El muchacho sintió un escalofrío. Su nombre, en la boca de su madre, había sonado amenazador.

–Tu padre no nos ha dejado nada. ¡Nada! Todo se ha evaporado con el despropósito de su viaje. La Meca fue sólo la excusa de su corazón ambicioso. Buscaba el saber. ¡El saber!, ¿puedes creerlo? Entre nuestros enemigos, además: entre los herejes fatimíes de al-Qahira, en la Casa de la Sabiduría de Bagdad..., como si no se debiera a los Omeya y a sus propios

hijos. ¡Que Alá le cierre las puertas del paraíso, por engreído! No hay dinero para tus estudios ahora, pero sigues siendo el mayor –le recordó Buraya, y su tono cambió de nuevo, grave–: Te toca ayudarme, a mí y a tus hermanos. Nadie va a sostener esta casa por nosotros. Nadie va a venir a regalarnos misericordia.

–¿Me estás pidiendo que me olvide de estudiar leyes en Córdoba, como era su propósito? –le preguntó él, sorprendido–. ¿Que reniegue de la memoria de mi padre?

Buraya miró hacia donde el sol dibujaba una línea blanca en el suelo. Cuando volvió a hablar, lo hizo sin temblor.

–No. Honrarás el nombre de tu padre, pese a todo. Porque eso nos conviene, porque eso nos protege. Y porque ésa es la historia que el pueblo quiere oír.

Mohammed sintió un asco súbito: por el cálculo, por la máscara, por sí mismo.

–A partir de ahora –continuó Buraya–, llevarás su nombre como un arma, como un escudo. Te harás llamar Ibn Abi Amir. el «hijo de Abi Amir». Procedes de las tierras de Arabia, como los primeros Omeya, de los Maafir de Yemen. Te has criado en las tierras que el gran Tarik le dio a mi bisabuelo en al-Yazirat por su valor militar en la conquista de al-Ándalus. No lo olvides nunca: llegamos aquí antes que nadie.

Mohammed asintió con gesto serio.

–Lo que te estoy pidiendo es que no titubees, hijo. Aprovecha cada oportunidad y acércate a los poderosos. Los Omeya ahora se rodean de bereberes y eslavos... –exclamó con desprecio–. Sé mejor que ellos. No dejes que los califas olviden sus orígenes. Aún no lo saben, pero eres uno de los suyos. Demuéstraselo. Serás al-Mansur, «el Victorioso».

Abdallah soltó un suspiro.

–Vendrás conmigo a Córdoba –dijo al fin, sin mirarlo a los ojos– y estudiarás con los alfaquíes. Nuestra familia se dedica a la ley, a la palabra, y eso nos da prestigio. Pero eso es todo lo que

puedo ofrecerte. No podremos pagar una residencia en la madraza. Te quedarás en mi casa, con los míos.

Buraya asintió y apretó los puños, como si le doliera cada migaja de caridad.

—Y te ganarás cada bocado —añadió Abdallah, y esta vez alzó la mirada—. Mi casa no es un refugio para vagos ni soñadores. Es una obligación, y a partir de ahora también será la tuya.

Buraya se levantó y se acercó a Mohammed, y, por un segundo, el muchacho esperó un gesto de madre: una caricia, un consuelo, una bendición. Pero lo que recibió fue una presión firme en el hombro.

—No llores por tu padre delante de nadie —le susurró—. Guarda las lágrimas para cuando te toque llorar de verdad. Ya te tocará. A todos nos toca.

Mohammed se quedó solo de repente, con el sol quemándole la nuca. Todo su mundo había cambiado de forma en unas pocas horas.

En la distancia, una bandada de pájaros cruzó el cielo.

* * *

El camino hacia Córdoba se presentó ante ellos como una herida larga, polvorienta, bordeada de olivos y silencio. Abdallah caminaba o montaba a ratos, sin buscar conversación. Mohammed lo seguía con una bolsa ligera, lo imprescindible. Lo que quedaba de su pasado cabía envuelto en un puñado de tela.

Atrás quedaban la alquería, el patio, el olor de los rastrojos quemados, la voz de su madre. Atrás quedaba su padre bajo la tierra dura y el desconcierto de sus hermanos.

Poco a poco, el paisaje se transformó, a cada paso más ancho y seco. El aire olía a polvo y a tomillo. Mohammed se descubrió a sí mismo observándolo todo con ojos nuevos, como si ya no le perteneciera. Y, en ocasiones, se sorprendía repitiéndose el nombre que le habían impuesto, como si fuera la llave que le

abría las puertas de la edad adulta. Una puerta que no sabía si estaba preparado para cruzar.

Ibn Abi Amir.

Cuando la tarde empezaba a declinar y el cansancio hacía mella, la ciudad de Córdoba apareció extendida en la llanura, con el río envolviéndola como una cinta oscura. Tras el puente, parecía un milagro de piedra. Y, en lo alto, sublime y espigado, el minarete, recortado contra el cielo, firme y claro, como un dedo señalando lo alto.

Abdallah dijo algo: una explicación, un dato, una historia sobre el primer omeya que había convertido aquel lugar en su reino. Pero Mohammed apenas lo escuchó. Por el contrario, sintió un escalofrío.

No de miedo, de reconocimiento. Como si, sin saberlo, hubiera vivido esos catorce años para caminar hasta ese punto exacto del mundo. Y tuvo la impresión de que alguien –un destino, un nombre, una sombra– le susurraba al oído: «Aquí es donde empieza todo».

-II-

Córdoba, 343 H. / 955 d. C.

El nombre de Liuva pesaba como una losa de mármol sobre sus hombros menudos. No era suyo siquiera. Lo había heredado, como sólo se heredan las deudas y las culpas.

Había pertenecido a un hermano mayor que nunca llegó a respirar, un fantasma al que sus padres, en su duelo obstinado, habían revestido de esperanza: Liuva. Un nombre guerrero, visigodo, que sonaba a choque de espadas en los bosques del norte, no al susurro del agua en la acequia del río al-Baida, en las tierras de Xatiba donde había nacido. Llevarlo era como portar una ausencia, una promesa incumplida que sus padres, sin darse cuenta, le habían reclamado desde siempre.

A sus trece años, Liuva sentía esa responsabilidad con una claridad desgarradora, especialmente ahora, cuando notaba el polvo de cuarenta jornadas a pie incrustado en la piel, en el cuero del zurrón, en el alma. Córdoba se alzaba ante la exigua caravana no como la ciudad de las tres culturas de la que hablaban los poetas, sino como un monstruo de piedra y cal que respiraba rumor de multitudes, chirrido de carros y un aroma complejo a humo y especias, a estiércol y azahar marchito.

Se había enrolado en aquel minúsculo ejército de mercaderes sin despedirse de nadie, porque sabía que, si hablaba, si dudaba, jamás se marcharía. Y quedarse era aceptar la ruina.

Había aprendido que la duda y el miedo eran lujos que no podía permitirse, pero en ese momento, al poner el pie en la capital, un terror ancestral le recorría el cuerpo. Trató de calmarse y convertir ese frío antiguo en una llama controlada en el centro del pecho, bajo las ropas bastas de lino. Se pasó la mano por la cabeza para asegurarse de su aspecto. El cabello, otrora una cascada de cobre oscuro, era ahora un cerquillo áspero y desigual que le dejaba la nuca al sol, bajo un turbante sucio y deshilachado que nunca sabía bien como anudar.

Si cerraba los ojos, aún veía el fuego, aún adivinaba la silueta convulsa de su padre bajo los escombros carbonizados del que fuera su hogar. El viejo molino harinero de la familia se había transformado, gracias a la ayuda del *haj* al-Nasri, en un taller de papel; éste había recorrido Oriente durante su peregrinación a la Meca, había visto los finos pliegos que empleaba la corte abásida, un milagro de blancura y ligereza comparado con el pergamino grueso y costoso que se usaba en al-Ándalus, y lo había replicado, junto con su padre, en su tierra natal. Pero el sueño de presentar al califa un producto aún más exquisito, que elevara a Córdoba sobre el califato rival, se había convertido en ceniza, y con él, la fortuna de su familia. Ni siquiera podían pagar la *yizya*, el tributo que les permitía, a ellos, *dimmíes* cristianos, vivir bajo la ley del islam conservando su fe. La conversión o la indignancia se cernían sobre su madre y sus hermanas pequeñas como buitres.

Por eso había ideado un plan desesperado. Por eso había convencido a al-Nasri para que escribiera una carta con la que presentarse en la corte. Estaba dirigida a un viejo amigo, el anciano y poderoso Uthman al-Mushafí, bereber de la zona de Balansiya, como él, que había llegado a ser preceptor del príncipe al-Hakam en Medina Azahara. En ella mencionaba el cariño para con Liuva, el «joven aprendiz del taller de papel», y la amistad que lo había ligado a su difunto padre; en ella, pedía su ayuda para hacerle llegar al califa una muestra de un papel más exquisito aún que el de Bagdad, lo que sin duda sería

un motivo de prestigio para el reino. Liuva había aprendido todos los secretos de su padre: la pulpa de lino, los moldes, el prensado. Y ahora varias resmas viajaban envueltas en un lienzo aceitado dentro de su mugriento zurrón. Se lo apretó contra el pecho. Era su única moneda de cambio.

El arrabal de Rusafa era un hervidero de miseria y vitalidad, de casas apretujadas y calles sin empedrar donde los niños medio desnudos jugaban entre los desperdicios. Y, sin duda, Liuva, con su aire de forastero perdido y su preciado zurrón, destacaba demasiado. Primero fueron miradas. Después, silbidos. Por fin, un grupo de muchachos, duros como la tierra que pisaban.

No los vio venir hasta que fue tarde.

Eran tres, quizá cuatro. Descalzos, flacos, con los ojos brillantes de hambre y diversión. Empezaron con risas, con empujones, con burlas por su aspecto desgarrado y su acento de fuera. Liuva apretó el paso, y su miedo los excitó, como a los perros.

—Eh, *zalamí*, ¿qué llevas ahí que abrazas como a una novia? —bromeó uno, mostrando una sonrisa con varios huecos.

Liuva agarró con más fuerza el zurrón. «No hables», se dijo. «La voz te delata». Sacudió la cabeza y trató de huir, pero fue como intentar esquivar una tormenta. Recibió un empujón, cayó al suelo y, tras sortear una patada, forcejeó en silencio, con los ojos muy abiertos, con un pánico animal. Manos ávidas le tiraban de las correas, de las ropas. Sintió el crujido del cuero, y el zurrón se abrió como una fruta madura. Los documentos, la preciada carta con el sello de al-Nasri, los diseños cuidadosamente dibujados volaron como palomas blancas y quedaron al alcance de unas manos sucias que los ondearon como trofeos, sin entender su valor, sólo por el placer de robar.

—¡Devolvédme los! —gritó entonces, y su voz, aguda y desesperada, le sonó extraña.

La risotada fue general. «¡Tiene voz de niña!», exclamó uno. La humillación le quemó las mejillas. Hizo un esfuerzo por no llorar y se arrodilló en el polvo, intentando recoger los papeles

pisoteados y las esperanzas hechas jirones, mientras los pilluelos comenzaban a dispersarse, aburridos de un botín inexistente.

En ese momento, una sombra se interpuso entre el sol y su desesperación.

—¿No tenéis nada mejor que hacer que molestar a los que llegan a la ciudad?

La voz, juvenil, tenía una firmeza serena. Liuva alzó la mirada. Era un muchacho alto, delgado y vestido con una túnica limpia, aunque modesta, de un blanco que parecía desafiar el polvo del arrabal. Llevaba un zurrón de cueros con libros colgado al hombro. Su rostro mostraba inteligencia, y sus ojos oscuros y profundos brillaban por el reproche. No encajaba allí. No debía haber encajado nunca, pensó Liuva, porque los muchachos se rieron de él también, aunque con algo menos de convencimiento.

—¡Anda, míralo, es el alfaquí de los arrabales! ¡Eh, manos sucias, aquí tienes a otro estudioso como tú! ¡A ver si va a quitarte tu puesto de desarrapado!

—¡Marchaos! —ordenó sin alzar la voz, como si enunciara un hechizo.

Los pilluelos protestaron, pero él no retrocedió. Estaba acostumbrado a las burlas, a que se metieran con él por su pasión por el estudio. No podía permitirse los largos debates en la madraza ni las indolentes charlas de estudiantes en la alquería junto al río, el *wadi* al-Kabir. No tenía tiempo para el ocio ni para la cobardía. Día tras día debía justificar su existencia, cada *dicham* que su tío invertía en él.

Los chiquillos obedecieron, rezongando y dejando los documentos desparramados. El muchacho no los siguió con la mirada. Se agachó y, con unos movimientos cuidadosos, casi reverentes, comenzó a recoger los papeles y a alisar los pliegues. Liuva, aún temblando, lo imitó. Cuando tuvo un pequeño fajo en las manos, se puso en pie y se sacudió la tierra con una dignidad que le nació de lo más hondo.